

**LA VOLUNTAD DIALÓGICA DE UN SOLITARIO:
EL SECRETO DE ARTEMISIA,
DE GERARDO PIÑA-ROSALES**

DANIEL R. FERNÁNDEZ¹

Entre sorbos de café, deleite y asombro, he vuelto a leer en días recientes las narraciones que Gerardo Piña-Rosales recoge en un libro de sibilino título: *El secreto de Artemisia y otras historias* (México/Madrid: Vaso Roto, 2016). He dicho, a propósito, en días recientes y no en noches, porque no es un libro para leerse de noche, sino a la luz del día, bien despierto y con un buen diccionario a la mano (de preferencia el *DLE*, claro está).

Hace un par de semanas, de hecho, un amigo común, el profesor dominicano Porfirio Rodríguez, deslumbrado por el aluvión léxico de este libro, me decía: “Pero este señor es un portento; ¿cómo hará, de dónde sacará tanta palabra rara”? El mismo interrogante me aguijoneaba a mí con insistencia ante ese festín babilónico de voces y giros que es *El secreto de Artemisia y otras historias*. ¿Cuál será el secreto de Gerardo Piña-Rosales? Inútil pregunta, lo sé, pues si tal secreto existiera de seguro que el autor lo tendría mejor resguardado que la heroína que da nombre a su libro. Y si acaso nos atreviésemos a lanzársela a quemarropa, no obstante, sospecho que nos diría, con pícaro sonrisa, que no hay secreto alguno, o que su secreto de voces es

¹ ANLE y ASALE. Doctorado en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Columbia, se desempeña como profesor de Literatura Mexicana y Chicana en la *City University of New York, Lehman College*. Su principal área de interés son los estudios sobre la frontera y su literatura, temas sobre los cuales ha publicado artículos y ensayos.

en realidad un secreto a voces. Lo que hay que hacer, nos explicaría, es lo que hace el *boletaire* o cazador de setas: internarse en el bosque sin miedo y lanzarse a su busca con el olfato de sabueso trufero bien afinado. Y eso sí, y sobre todo –con guiño taimado–, nunca, nunca revelar el lugar de recogida.

Está claro que el lugar de la cosecha no es ningún secreto. Se trata de los generosos predios por donde resuenan el relinchar del penco de don Alonso y el rozar del rucio del bueno de Sancho como contrapunto de las alocuciones y arengas, los dimes y diretes de sus ubicuos amos. Vastos son los dominios por donde campea airosa la lengua del Manco de Lepanto, una lengua que en sí no es ni manca ni perezosa y que nunca ha respetado ni mares ni fronteras ni ley severa. Despejado y ancho es ese mundo aunque nunca ajeno para quienes hablan esta lengua de aventura milenaria ni para quienes quieran recoger los frutos de su inagotable prodigalidad. Andariego insaciable, actéonico y prometeico, el autor los ha buscado y encontrado en los caminos por donde lo ha llevado la vida. Cádiz, Tánger, Gibraltar, Granada, Salamanca, Burgos, San Juan, Santo Domingo, Ciudad de México, Medellín, Ciudad de Panamá, Lima, Santiago de Chile, Los Ángeles, y, sobre todo, Nueva York –donde reside desde 1973– son algunas de las ciudades en cuyas calles el autor de *Artemisia* ha cazado esos hongos alucinógenos con los que alimenta, atiza y aviva su escritura y embelesa a sus lectores. Ni que hablar de las toneladas de libros que ha devorado con apetito pantagruélico a lo largo de una vida de impenitente bibliofagia. De modo que palabras las tiene.

Al margen de lo dicho, bien sabemos, sin embargo, que sólo con exuberancia léxica, con el mero acopio de vocablos, no se hace literatura. No. Las palabras, muchas o pocas mueren en manos inexpertas, caen al suelo apagadas cual ceniza extinta; se amustian, se marchitan si no se las planta en suelo fértil, si no se las cultiva con esmero, pericia y amor. Por suerte, en Gerardo Piña-Rosales las palabras encuentran, como delicadas semillas por germinar, un amante a la vez cuidadoso y desenfrenado, celoso y exaltado. Jardínero maestro es este señor que cultiva bonsáis de palabras allá en su madriguera neoyorquina, arrullado por las aguas de una fuente mudéjar, y acompañado de sus fieles gatos, que celosos de las palabras, también reclaman para sí sus mimos y cuidados.

Podría aquí aventurar más de algún comentario suelto sobre el libro, pero me temo que ninguno de ellos sería aclaratorio, ni mucho

menos iluminador. Desde hace tiempo viene haciendo nido en mí la sospecha de que un libro en verdad bueno no ha menester ni de intérpretes ni de glosadores (esto en voz baja, no vaya a ser que los funcionarios que llevan las riendas de las instituciones donde trabajamos se den cuenta y nos quedemos sin trabajo). Pues la buena prosa suele ser cristalina, diáfana como las aguas de una límpida noria. Lo que nos toca a nosotros, como lectores, es tan solo zambullirnos en las aguas de esa prosa, ora mansa, ora embravecida; aunque, claro, admitamos que hay nadadores y nadadores; están los que pueden nadar de Battery Park a Staten Island sin perder el resuello y están los que con dar dos brazadas ya están ahogándose y pidiendo auxilio. Para ellos, los salvavidas y las notas a pie de página.

Ahora bien, saliéndonos ya del agua y con la toalla en la mano, recalcaré tan sólo un aspecto que sale a flote por doquier: me refiero a la voluntad, el ansia dialógica que hierve y palpita inquieta en todas las páginas de *Artemisia*, hormigueante cosquilleo que impulsa las tramas y espolea los personajes de todos sus relatos. No ha mucho tuve el privilegio, precisamente, de dialogar con el autor, mientras disfrutábamos de un café (a decir verdad, él tomaba un expreso triple con una gota de leche y yo un té descafeinado; era tarde y hace años que el triunvirato del insomnio, la buena literatura y el café vespertino me alejan inmisericordes del dulce arrullo de Morfeo). Ambos nos lamentábamos de quienes abusan de la teoría, despropósito por desgracia muy extendido en nuestro gremio. Aclaro: no nos quejábamos de los teóricos en sí ni de las valiosas herramientas que nos proporcionan. No, el reproche era para quienes utilizan los presupuestos teóricos para la chapucería, como falaz artilugio para convencernos, esto es, para engañarnos de que sus enclenques reyezuelos de pacotilla llevan ropajes de lujo cuando en realidad andan como sus progenitores los trajeron al mundo: en cueros y desposeídos por completo de sustancia, luces y razones. En tales tramoyas andan cuando al dar inicio a su conferencias, charlas, tratados o artículos citan a algún teórico de moda (francés si se puede), utilizando la referencia como mero resorte, como trampolín para lanzarse al vacío especulativo y así, montados en Clavileño creyendo que van en Pegaso, engrifarse hacia las alturas más borrascosas de la metafísica sin freno y sin brújula, perdiéndose entre nubarrones de abstracciones y contradicciones, creyendo, a todo esto, que van pisando fuerte hacia el norte del entendimiento. El objetivo es simple: hacer todo lo posible e imposi-

ble por evitar aterrizar en el texto en sí, en lo concreto, que quiéranlo o no, es el terreno de la literatura. Al hacerlo, en vez de acercarse y acercarnos al texto, se alejan y nos alejan de él a galope tendido y sin volver ni la grupa ni la vista atrás.

He tirado la piedra sin mala fe y con conocimiento de causa, habiéndome visto también en tales descarríos en más de una ocasión y habiendo sufrido más de algún descalabro por darle rienda suelta al brioso potro de la teoría. A riesgo de darme contra el mismo canto, aquí voy a mencionar a un teórico a cuyos linderos, me llevaban, incesantes, mientras leía, las páginas de *Artemisia*. Me refiero al crítico ruso Mijaíl Bajtín, a quien se lo conoce por haber descubierto y allanado una serie de caminos interpretativos providenciales para acercarse a la literatura en su expresión moderna y para entrever la urdimbre de sus hilos discursivos. Entre los conceptos más trascendentales que se desprenden de su pensamiento está el de *dialoguismo*, emparentado por supuesto con las palabras “dialogar” y “diálogo”. Pues bien, a muy grandes rasgos y sin entrar en detalles, Bajtín nos dice que la literatura es en sí una especie de diálogo continuo, una dilatada y abigarrada conversación llevada a cabo a través de los siglos; en este concurrido coloquio dialogan los autores con sus pares contemporáneos así como con los de otras época y también, de manera más indirecta, con los lectores de todas las edades y épocas.

Según Bajtín, en los textos mismos, en las grandes obras literarias, se observa, se escucha, de manera patente esa plática interminable. El *Quijote* es, de hecho, para el teórico ruso, uno de los ejemplos más palmarios de este fenómeno. Podríamos afirmar, incluso, que, en la obra cumbre de Cervantes, el diálogo, en su sentido más amplio, resulta primordial, puesto que es el eje y el motor mismo de la novela. Pues, ¿qué sería *El Quijote* sin esos chispeantes y elocuentes diálogos atizados por el Caballero de la Triste Figura y el escudero de rolliza hechura, que a su vez dieron inicio y pábulo a una apasionada, una ígnea conversación que continúa viva hasta nuestros días, invitándonos a todos, sin importar credos ni religiones, con generosidad ejemplar, cervantina, a ser partícipes de la charla al calor de la hoguera de la venta de don Miguel? Sí, ejemplar es la obra de Cervantes y representativa de todo lo que es ejemplar y admirable en la literatura moderna, incluido ese aliento dialógico que la signa. Y sí, también hemos de estar de acuerdo con Bajtín en que la buena literatura moderna tiende a ser dialógica, y lo dialógico es, por su naturaleza misma, democrá-

tico, subversivo; admite, propone, propugna la idea de que la realidad no es una sino múltiple, de que existen tantas realidades como perspectivas. Se erige como antítesis del poder autoritario, de los tiranos y dictadores, los Trujillos, Francos, Somozas y Videlas y, es decir, los escritores de esta mala literatura que es la vida misma, déspotas emperrados en suprimir, en ahogar otras voces, así como en obstruir y ocultar las perspectivas que no se avienen a sus designios. Tristes, anacrónicos, esperpénticos, terribles bufones son estos que ebrios del narcisismo más enfermizo se obstinan en erigir el monólogo asfixiante como monumento opresor en nuestra conciencia misma.

Contra todos estos fieros gigantes con pies de barro arremete Gerardo Piña-Rosales al principio del libro. Así, nos dice en su “*Capitatio benevolentiae*”:

¿Que cómo he tenido el atrevimiento –la desfachatez– de publicar ahora estas descabelladas, y hasta aberrantes, historias? Pues muy sencillo, impertinente lector: por un perdonable prurito de responsabilidad social y, más que nada, por una irreductible voluntad mía de testimoniar (desde este arcádico rincón rocklandés, y al margen de los gatuperios literarios tan en boga) mi loboesteparia oposición frente a las condiciones, valores y mitos de nuestra época. (15)

Quien lea su *Artemisia* no dejará de notar ese mismo aliento rebelde e iconoclasta, y a la vez que juguetón, que recorre todas sus páginas traduciéndose en ellas como ansia comunicativa, impulso e invitación, requiebro y exhortación al diálogo (consigo mismo y con los demás).

De ese deseo que exhalan las páginas de *Artemisia*, con lujuria imaginativa y desenfreno verbal, surgen las conversaciones más originales, más insólitas y jamás imaginadas o soñadas por escritor o lector alguno que nos anteceda, diálogos entre vivos y muertos, entre espectros que deambulan por las calles, trabando plática con otros fantasmas y otros objetos inanimados, que de pronto, cuando se los interpela, cobran vida para unirse gustosos al coloquio.

Así, en una de las historias del libro, acompañamos a Ramón Gómez de la Serna por las calles de un Madrid fantasmagórico en busca de Isidore Ducasse o Lautréamont. En otro cuento, Melquíades, personaje clave de *Cien años de soledad*, profana una tumba pragueña para exhumar a Franz Kafka y acompañarlo a visitar a García Márquez, quien, desde ese momento, encontrará su camino de escritor.

En “Breve crónica limeña”, un ilustre académico de la lengua traba conversación con un proxeneta limeño, un “pimpo regordete” llamado Johnny, para departir con él sobre los gozos prohibidos de la vida prostibularia. En la narración que da nombre a este libro, “El secreto de Artemisia”, un personaje retratado por El Greco, nada menos que el cardenal Fernando Niño de Guevara, arzobispo de Sevilla y Gran Inquisidor, se sale del cuadro para revelar *–a sotto voce–* al narrador su versión de la violación de Artemisia Gentileschi, pintora contemporánea de Caravaggio.

Sin embargo, el diálogo más importante que se da en el libro es el que el propio Gerardo Piña-Rosales entabla y sostiene con la tradición misma. En ese suntuoso telar que teje el narrador, se trenza apasionada, enfebrecida y delirante, la propia voz del autor con las voces de quienes él llama “su familia”: Cervantes, Quevedo, Novalis, Lautréamont, Kafka, Hesse, Quiroga, Lezama Lima, Bowles, Burroughs, García Márquez, entre otros grandes escritores, quienes de buena gana aceptan el convite del autor uniéndose al jolgorio, y guiados por su anfitrión, se sientan a la mesa, a disfrutar de ese opíparo banquete de papel y tinta que Gerardo Piña-Rosales ha dispuesto con generosidad cervantina para ellos y, muy en especial, para nosotros, sus agradecidos lectores.

